



El carnicero. Caso de criminología (ficcionalado)

Dr. Juan Manuel Adur

Defensor General Zonal, Ciudad de Santa Fe.

El resplandor de la mirada del ruso, era electrizante. Es una de esas fotos de periódico que impactan en la mirada del lector. Si, allí estaba esa cara exaltada –alguien dijo cara de fiera– y a decir verdad el gesto era de fiereza, de avidez de sangre, de descontrol, trasuntando terror más allá de la gráfica.

Esa región de Rusia, en tiempos del rigor comunista Staliniano era particularmente severa, no solo en el control, las formas y la militarización del país, sino que parecía agudizarse por las inclemencias del clima, sobretudo en invierno. Grandes bosques de pino, aserraderos, madereras y desde luego nieve en abundancia. Diversidad de fauna en los bosques, entre ellos lobos y hasta dicen los lugareños un oso, aparentemente asesino, pues atacó varias veces a los trabajadores del desmonte, con heridas en algunos casos bastante graves y un obrero muerto en una confusa ocasión. Varias poblaciones cercanas entre si, con sus correspondientes estaciones de trenes, casi único medio de movilizarse por esos confines del extenso terri-

torio nacional. La temporada estival, obviamente más benigna, con mucho verdor en la vegetación, con ríos rumorosos al pie de una pre cordillera que conservaba aún en verano el blanco de las nevadas anuales, no abandonaba el clima de severidad impuesto por la burocracia del Partido Comunista, en su más alta manifestación de control político y social.

Chikatilo era lo que se dice un ejemplo sistémico, salido de una familia de clase trabajadora. Su padre, obrero desde adolescente en una mina cercana al pueblo, trabajó toda la vida entre las rocas, con bajo salario, cumplidor, tosco, incorporado al Partido a partir de los veintipico de años, crió con estrecheces a sus siete hijos y adquirió una dificultad respiratoria, gracias a los vapores de los socavones que lo acompañaría de por vida al igual que el vodka, junto a su mujer, otra trabajadora del lugar. Ella, además de ocuparse de las tareas de la casa cuidaba mayores adultos por las tardes en el hogar de ancianos estatal de la comunidad. Vida de sacrificios, de crianza de hijos, de

cuidado de ancianos. Lavar, planchar, escurrir, casi siempre frío y mucho frío, llevando a cuestras el reuma deformante que la aquejó de joven.

Andrei era el arquetipo del hombre ruso de la época, se educó en la escuela de oficios de la región, pero desde la primera juventud tuvo inclinación por las tareas escolares, por la enseñanza en general y fue así que terminada la segunda fase de su educación, se graduó en el Instituto Lenin del vecino Estado como licenciado de literatura Rusa, en ingeniería y en marxismo-leninismo. Había nacido en un tiempo de grandes hambrunas en los que morían millones de personas y los cuerpos se apilaban en las calles y en los campos.

En esa época hubo un hecho que lo marcó a fuego para toda la vida: su hermano mayor fue raptado y devorado por un grupo de mercenarios que se cree pertenecían al ala bolchevique de la revolución. Apenas terminados sus estudios superiores ingresó como profesor de literatura Rusa en la Escuela Superior de Artes y Oficios estatal. Es-

Claves Judiciales

El carnicero.

Caso de criminología (ficcional)

poso ejemplar, padre de cuatro niños, dos mujeres y dos varones.

Meticuloso en su vida, llevaba adelante una vida ejemplar en su comunidad. Muy diligente profesor de lenguas en el Instituto. Dedicado en forma casi obsesiva en las tareas de la casa, en el cuidado de los niños, en reparar todo lo que anduviese mal o se descompusiera en el hogar. Extremadamente limpio y cuidado en su aliño personal. De más está decir que como todo joven de aquel tiempo, ingresó desde muy temprana edad a las filas del Partido Comunista, en el cual como era de esperar y atento a su forma de ver la vida escaló hasta ser uno de los dirigentes del Partido en el distrito. En síntesis, buen hombre, buen marido, dedicado padre de familia, excelente funcionario de la burocracia estatal además de un aplicado y riguroso docente de la lengua de su país.

En el término de más o menos diez años se registraron en esta parte del estado la cantidad de 53 desapariciones de personas, todas mujeres meno-

res de 12 años de edad. Misterio, desazón, miedo en la población y una interminable búsqueda por parte de las autoridades tras las huellas de alguien o algo (hombre, bestia, fuerza desconocida?) que producía en el término de una década la ausencia –quizás... muerte?– sin explicación de 53 niñas, sin dejar ningún tipo de rastros. Y el temor-terror que crece día a día y se podía respirar en la gente, en las reuniones de familia, en los clubes, en las calles y en fin en los corrillos cotidianos del lugar.

La foto del destello maléfico en la mirada del asesino descubrió lo que nadie hubiese imaginado, esas 53 desapariciones, se habían transformado luego de un largo seguimiento de los pesquias oficiales en exactamente 53 muertes y de las más escabrosas, todas con evidentes signos de maltrato físico y sobretodo lesiones concentradas en las zonas genitales de las víctimas.

La verdad repugnantemente cruda, se daba a conocer por boca del mismísimo asesino y decía así: «Soy un error

de la naturaleza, soy una bestia descontrolada», habló desde una jaula de metal en la cual lo encerraron para juzgarlo, mientras penetraba con su mirada perversa a los jueces del Tribunal. Y relató lo que les hacía a las niñas que mató: las atacaba hasta con sus dientes y terminaba destripándolas. Rusia se estremeció cuando se dio a conocer la historia de este asesino, quien había ultimado a 53 personas, aunque se sospecha que fueron más. Así es que logro un «record»: pasó a ser no solo el asesino en serie con más víctimas comprobadas de ese país, sino también de todo el mundo.

En cuestión, el hombre si puede llamárselo así a este remedo de hombre, que tan lejos está del *Hommo* que nos describiera Platón o Aristóteles, resultó ser Andrei Rokmánovich Chikatilo, también conocido como «EL CARNICERO DE ROSTOV».

Del análisis que los especialistas hicieron durante el juicio sobre su psiquis, se determinó que con el tiempo fue forjando una doble personalidad. Por un

lado era un marido muy estable y trabajador, un padre que nunca levantaba la voz a sus hijos y a la vez un respetado miembro del Partido, que vivía acorde con los principios comunistas del momento, como correspondía a un verdadero soviético. Pero, en las sombras era un asesino voraz que se excitaba al ver la sangre y oír los gritos de sus víctimas. Chikatilo seleccionaba a las chicas en las estaciones de trenes y paradas de colectivos, convencíendolas para que lo siguieran a los bosques. Allí, las mataba a puñaladas y luego las mutilaba. A pocos días de su arresto confesó los crímenes y mostró su verdadera cara. Fue condenado a muerte, pero como la sangre busca a la sangre y la muerte busca a la muerte, se suicidó en la cárcel de máxima seguridad en donde estaba recluso, antes del cumplimiento de su pena capital. ■